

zación está la figura misma de Constantino, que pasa a ocupar un relieve excepcional en la historiografía, también en el arrear de las polémicas doctrinales demoledoras como el arrianismo o el donatismo. La obra concluye con el final del reinado del emperador Teodosio, el último emperador que supo asegurar la unidad del Imperio, concluyendo con él la política inaugurada por Constantino de establecer la religión cristiana como el único culto reconocido oficialmente por el Imperio.

En definitiva, nos encontramos ante un magnífico manual que sabe conjugar el rigor científico de una exposición completa de los hechos, con el carácter sintético y profundo de las reflexiones que se extraen de la sucesión de los acontecimientos y sus protagonistas. Además, recoge una abundante y actualizada bibliografía del periodo histórico estudiado, poniendo al alcance del lector un acceso fácil a las fuentes históricas de la Antigüedad cristiana.

Juan Antonio GIL-TAMAYO

Gilbert K. CHESTERTON, *Por qué soy católico* (Traductores: Ana Nuño y Mariano Vázquez Alonso), Madrid: El buey mudo, 2009, 720 pp., 14 x 21, ISBN 978-84-9374-170-9.

Es una buena noticia que en los últimos años hayan ido apareciendo en lengua castellana algunas obras y recopilaciones de artículos de G. K. Chesterton (1874-1936), pues así se pone más fácilmente al alcance del lector hispanohablante el pensamiento del gran escritor y polemista inglés.

Esta tendencia creciente a traducir las obras de Chesterton al castellano alcanza un punto notable en este volumen. Debe agradecerse a la Editorial *El buey mudo* –nuevo sello editorial de Ciudadela Libros– la iniciativa de publicar por primera vez sus ensayos religiosos más importantes, escritos desde su conversión al catolicismo en 1922 hasta el año 1935.

La edición castellana sigue la estructura y el contenido del volumen III de las Obras Completas de G. K. Chesterton, publicado por Ignatius Press en 1990 (*The Collected Works of G. K. Chesterton*, Vol. 3, San Francisco). Recoge seis escritos de diversa índole del autor que conservan el título original de la versión inglesa.

El primero de ellos se titula *Adonde todos los caminos conducen* (*Where All Roads Lead*). El texto original fue publicado en el mes de noviembre de 1922 en la revista *The Catholic World* (Vol. CXVI, n. 692). Contiene cuatro artículos de Chesterton publicados justamente después de su conversión. Con frescura argumentativa y viveza expresiva, el autor responde a diversas críticas lanzadas contra la Iglesia católica, como la de su carácter obsoleto, la complejidad de su culto o la excesiva rigidez de sus planteamientos. Son destacables los dos artículos sobre *La juventud de la Iglesia*, en los que pone en evidencia la perenne actualidad de la verdad católica frente a la aparente novedad de las herejías, las cuales no son en las distintas épocas de la historia sino una repetición cansina de planteamientos caducos. En otro de los ensayos (*En defensa de la complejidad*), defiende el valor de la «complejidad» de la fe católica como una de las razones en favor de su seriedad y su verdad, sobre todo si se compara con todo un puñado de nuevas religiones extremadamente simples surgidas en los últimos siglos y que, a la larga, acaban mostrándose efímeras y estériles. Es feliz en este punto su descripción del ateísmo como «el supremo ejemplo de una fe simple» (p. 45), lo cual es lo mismo que afirmar que «si Dios no existiera, no existirían los ateos» (p. 45). Al final, en un doble artículo (*Una nota sobre religiones comparadas*), Chesterton polemiza con las ideas escépticas de H. G. Wells, defendiendo el carácter único y original del cristianismo frente a otras formas religiosas.

El itinerario intelectual de la conversión de Chesterton aparece descrito en una obra relativamente breve publicada por primera vez en Nueva York en 1927 por Macmillan Press con el título *La Iglesia católica y la conversión* (*The Catholic Church and Conversion*), a los cinco años de su ingreso en la Iglesia católica. Según revela el autor, un punto destacado en este itinerario fue la desconfianza hacia el catolicismo en la que fue educado desde joven. Más interesante es incluso, en mi opinión, el análisis psicológico que realiza Chesterton de los obstáculos «reales» a los que se enfrenta quien se acerca a la fe católica: el converso va dejando poco a poco de temer los vicios del catolicismo, pero le siguen asustando sus virtudes (cfr. p. 110). En esta línea, señala también que el verdadero obstáculo para que el potencial converso abrace la fe católica no son los ataques y las críticas que vienen desde fuera de la Iglesia, sino la visión del catolicismo que torpemente pueden dar los mismos católicos: «Por el bien del converso, convendría asimismo recordar que una sola palabra necia dicha en casa es mucho más nociva que millares de palabras insensatas oídas en la calle (...).

Una sola palabra dicha por un católico, puede bastar para apartarlo del catolicismo» (p. 112).

Su experiencia personal de converso le capacita para desentrañar tres estadios o etapas mentales que, a su parecer, atraviesa por lo general el converso en su itinerario hacia la fe: un primer momento de mirada condescendiente hacia la Iglesia, en el sentido de una sana indiferencia hacia ella y una aspiración a ser justo con quien es tratado de forma injusta (cfr. p. 114); una segunda fase de apertura progresiva en la que el converso comienza a tomar conciencia de su grandeza y su verdad; y una tercera etapa –la más auténtica y terrible– en la que lo que se desea es no convertirse: «Porque se ha acercado demasiado a la verdad, pero ha olvidado que la verdad es un imán, con todos sus poderes de atracción y repulsión» (p. 115). A estas tres etapas las llama respectivamente: «proteger a la Iglesia», «descubrir a la Iglesia» y «huir de la Iglesia» (cfr. p. 126).

Viene después el breve ensayo *Por qué soy católico* (*Why I Am a Catholic*), tomado de la primera edición de *Twelve Modern Apostles and Their Creed* (Duffield and Company, Nueva York 1926). Con ejemplos concretos extraídos de la historia y con su peculiar estilo desenfadado, Chesterton se esfuerza por mostrar el carácter de verdad de la fe católica, así como el importante valor de su presencia en el mundo –un mundo caracterizado por la confusión y la anarquía mental– para hacer frente al error de las utopías, de algunos experimentos sociales a la moda y de los viejos errores de siempre que se repiten una y otra vez. La Iglesia es hoy en el mundo una guardiana de la verdad, una defensora de la humanidad: «No existe ningún otro caso de institución que haya estado pensando sobre el pensamiento durante más de dos mil años. Y esa experiencia abarca a casi todas las experiencias posibles; en especial en lo que a los errores se refiere» (p. 166). «No hay en el mundo otra entidad que ponga tanto cuidado en lo que prevención frente a los errores se refiere (...). La Iglesia no sólo está armada contra las herejías del pasado o incluso del presente, sino que también está preparada para enfrentarse a las del futuro» (p. 168). Ahí se encuentra el motivo último de su conversión al catolicismo: «La dificultad de explicar «por qué soy católico» radica en el hecho de que existen diez mil razones para ello, aunque todas acaban resumiéndose en una sola: que la religión católica es verdadera» (p. 164).

Las dos siguientes secciones del volumen corresponden a dos obras publicadas por Chesterton algunos años más tarde: *La cuestión: Por qué soy cató-*

lico (*The Thing: Why I am a Catholic*, Sheed and Ward, 1929), y *El manantial y la ciénaga* (*The Well and the Shallows*, Sheed and Ward, 1935). Recopilando artículos controvertidos de temática religiosa y moral –treinta y cinco y cuarenta y uno, respectivamente–, estas obras constituyen seguramente los escritos más significativos de su pensamiento religioso y, más concretamente, apologético.

El volumen se cierra con la obra *El camino de la cruz* (*The Way of the Cross*, Hodder and Stoughton, 1935), un inspirado y conmovedor comentario de Chesterton al *Via Crucis*, acompañado por un conjunto de ilustraciones de las catorce estaciones realizadas por el pintor William Frank Brangwyn (1867-1956) que inspiraron sus reflexiones.

Los temas de los ensayos son variados, y con frecuencia apuntan a polémicas culturales o a cuestiones religiosas debatidas en los foros de la época. A raíz de esos debates, Chesterton recuerda, por ejemplo, cómo muchas de las críticas al catolicismo provienen de una falsificación de los hechos; se refiere también al valor universal que ha tenido la fe católica en la historia de la humanidad y que sigue teniendo en un mundo cada vez más desorientado; critica los excesos del cientificismo al pretender negar la validez de la fe, y también las pretensiones de un nuevo paganismo que afecta a la concepción de la sexualidad, del matrimonio, etc. Con finas dosis de humor e ironía y a través de un uso magistral de la paradoja y de la *reductio ad absurdum*, Chesterton desenmascara la falsedad de algunas críticas extendidas contra la Iglesia católica, o señala sin tapujos las afirmaciones erróneas sobre la religión, el sentido de la historia, la evolución del hombre, etc., originadas en cosmovisiones científicas, materialistas o agnósticas. Un apartado especial lo constituyen las reflexiones del converso inglés para desbaratar prejuicios, suspicacias o acusaciones precipitadas hacia la Iglesia católica provenientes de cierta mentalidad protestante del momento, para la que el anticatolicismo casi constituiría un rasgo distintivo de la tradición anglicana.

El fenómeno de conversión al catolicismo es uno de los temas centrales tratados por nuestro autor; a ello se refieren los editores de la edición inglesa (Ignatius Press, San Francisco 1990) cuando en la Introducción General mencionan explícitamente que los escritos de Chesterton contenidos en el volumen conforman su «Teología de la Conversión».

Además de las referencias explícitas a su propia conversión –véase, por ejemplo, el ya citado conjunto de ensayos *La Iglesia católica y la conversión* (1927), prologado por Hilaire Belloc; o el ensayo *Mis seis conversiones* (vid.

pp. 465-505); o el precioso artículo *María y el converso* (vid. pp. 593-597), en el que el escritor abre su alma para explicar el papel de la Virgen María en su camino a la fe católica–, Chesterton reflexiona también sobre el proceso de conversión en general y, más en concreto, sobre los motivos, las razones y las consecuencias de este acontecimiento trascendental en la vida del converso. Una idea insistente en este sentido –como respuesta a las críticas recibidas desde distintas instancias culturales o religiosas– es su convicción de que «convertirse en católico enriquece la mente» (p. 119), «no significa dejar de pensar, sino aprender a hacerlo» (p. 137). Dicho de modo más gráfico: «la conversión llama al hombre a estirar su mente igual que quien despierta de un sueño se siente impulsado a estirar los brazos y las piernas» (p. 556). O también en *Sobre lo que pensamos*, afirma: «la conversión es el comienzo de una activa, fructífera, progresiva y venturosa vida para el intelecto» (p. 394).

En la brillante *Introducción* al volumen, James J. Thompson Jr. –también converso al catolicismo–, atina al describir a Chesterton como *apologeta sonriente* (p. 22): defender la fe era para él un ejercicio agradable en el que disfrutaba desbaratando los argumentos ilógicos de sus oponentes o poniendo en evidencia la falacia de sus razonamientos. Todo tipo de adversarios con los que se enfrentó en un debate dialéctico –ateos, agnósticos, materialistas, teósofos, deterministas, socialistas, darwinistas, etc.–, pudieron experimentar la brillantez de su inteligencia y la sagacidad de sus razonamientos, siempre en el marco de un ejercicio noble del sentido común lleno de chispa y frescura.

Si bien otras conocidas obras de Chesterton manifiestan su sensibilidad religiosa y su genio apologetico –baste pensar, por ejemplo, en *El hombre eterno* (vid. reseña de Juan Luis Caballero en *Scripta Theologica* 42 [2010/1, 253-254]), cuya lectura suscitó el retorno a la fe cristiana de C. S. Lewis; o también en *Ortodoxia*–, esta recopilación constituye un punto de referencia fundamental para conocer el pensamiento religioso del converso inglés, su lógica argumentativa y su estilo polemista. Aunque el escritor se dirige al público inglés, y sus ensayos vienen a responder, en muchos casos, a asuntos circunstanciales que fueron tema de debate en su época, no por ello dejan de tener valor apologetico en el momento presente, pues los argumentos del escritor se mantienen vivos y actuales.

La ya mencionada *Introducción* de James J. Thompson, Jr. ofrece las necesarias claves de lectura para penetrar mejor en el contexto de la obra y en la personalidad del autor. Ayudará, sin duda, al lector a disfrutar del estilo literario –bien reflejado en la excelente labor de los traductores al castella-

no— de quien, en opinión de Thompson, ha sido el defensor más comprometido y contundente de la fe que la Iglesia ha encontrado en todo el siglo XX (cfr. p. 25).

Juan ALONSO

José M. FIDALGO, *Conocer al hombre desde Dios. La centralidad de Cristo en la antropología de Romano Guardini*, Pamplona: Eunsa («Colección Teológica» 124), 2010, 253 pp., 15,5 x 24, ISBN 978-84-313-2728-6.

En la historia de la teología nos encontramos con autores que han pensado y escrito sobre cuestiones particulares dentro del inmenso panorama de la teología. Con sus investigaciones aportan nuevos datos y conocimientos y hacen avanzar y dan brillantez a un aspecto u otro del saber teológico y así, logran un espacio de reconocimiento dentro de su especialidad. Otros autores han trabajado en los fundamentos, desentendidos de lo que podríamos llamar la investigación aislada en un punto. Con sus escritos han dado solidez a las convicciones intelectuales de los creyentes de su tiempo y han facilitado una comprensión más honda del conjunto de la realidad desde la fe. Romano Guardini perteneció a este tipo de pensadores y José Manuel Fidalgo, el autor del libro que ahora reseñamos, ha sido capaz de realizar una monografía en la que se presenta explícitamente este estilo guardiniano de trabajar en teología. «Conocer al hombre desde Dios» es un estudio evidentemente teológico pero que, como Guardini, no se aísla en una especialidad. No puede hacerlo si quiere permanecer fiel al Autor estudiado porque Guardini reflexiona siempre teológicamente mientras abre puertas hacia la antropología, la ética, la teoría del conocimiento, la historia de las ideas y de los comportamientos, la comprensión del mundo y la evolución de esta comprensión.

La obra de Romano Guardini es, como se sabe, muy amplia y variada, y puede dar al lector superficial una impresión de dispersión e incluso de falta de estructura. Lo que sucede es que ir al núcleo de su aparentemente dispersa obra es una prueba difícil. De hecho, esta dificultad se manifiesta entre los libros que van apareciendo sobre él. En efecto, unos optan por el estilo de la biografía en la que se van reseñando cronológicamente las obras que escribió al hilo de su vida. Otros presentan estudios que tienen el estilo